

Dos ciudades en JULIO CORTÁZAR

Miguel Herráez



ALREVÉS
NO-FICCIÓN

Silva
3-1-91



Miguel Herráez

Es catedrático de Literatura Española en la Facultad de Humanidades y CC. de la Comunicación (Universidad CEU Cardenal Herrera, Valencia). Ha sido profesor investigador invitado, entre otros centros universitarios, en la École Normale Supérieure (París) y en la Facultad de Filosofía y Humanidades (UNC, Argentina). Ha publicado novelas, *Click* (1994), *Confía en mí* (1999), *Bajo la lluvia* (2000) y *Detrás de los tilos* (2007), además de libros de relatos, *Las claves de Trilby* (1982), *La tregua de los ángeles* (1985), *Cada vez la muerte* (1996), *Te lo puedo decir ahora* (2001), *Cuentos franquistas* (2004) y *El confidente* (edición argentina, 2004). Tiene en su haber el Premio Juan Gil-Albert de Ensayo y el de la Crítica Literaria Valenciana por *La estrategia de la postmodernidad en Eduardo Mendoza* (1998). En este género ha publicado, entre otros, *Julio Cortázar, el otro lado de las cosas* (2001 y ediciones ampliadas en 2003 y 2004), *Dos ciudades en Julio Cortázar* (2006 y 2^{3/4} edición argentina en 2010), *Julio Cortázar, una vida de exiliado* (2005), que recoge conferencias; *Sobre nosotros* (2008) y *Sobre ellos* (2010), dos atípicos libros acerca del tardofranquismo y de la labor del intelectual contemporáneo. Es responsable de antologías de literatura

fantástica del siglo xx, *Cuentos de fantasmas* (2004), de recopilaciones de la narrativa de Julio Cortázar, *Los venenos y otros cuentos* (2004), y del *Epistolario de Vicente Blasco Ibáñez-Francisco Sempere* (1999). Títulos suyos ya han sido traducidos al ruso, portugués, italiano y francés.

Es imposible desvincular la obra de Julio Cortázar de las ciudades de Buenos Aires y de París, auténticos espacios míticos por pura definición, ya que ambas constituyen el marco iconográfico en el que se desarrollan las personales historias relatadas por él.

El Buenos Aires del primer Cortázar y el París del segundo Cortázar se encuentran aquí en un juego de referencias que va más allá del simple recorrido urbano para poner al descubierto los lugares que transitó el escritor y los que después ha transitado también el autor de este libro.

Miguel Herráez, gran conocedor de la vida y de la obra del narrador argentino, conocedor igualmente de esos citados escenarios urbanos, ha trazado en este volumen las localizaciones del imaginario cortazariano de sus cuentos, de sus novelas, de su propia vida, en lo que es una propuesta que traba felizmente el relato viajero, el biografismo, la reflexión sociológica, el ensayo literario y el dietarismo, y posibilita un resultado que mezcla géneros sin fricción alguna, muy al contrario, pues las distintas formas de expresión literarias se armonizan en un todo, tan rico en sugerencias como atractivo en su modulación.

Un texto que atrapa al lector desde el arranque de su primera página.

DOS CIUDADES EN JULIO CORTÁZAR

**DOS CIUDADES EN JULIO
CORTÁZAR**

MIGUEL HERRÁEZ

ALREVÉS
BARCELONA 2013

Primera edición: marzo de 2013

Publicado por:
EDITORIAL ALREVÉS, S.L.
Passeig de Manuel Girona, 52 5è 5a
08034 Barcelona
info@alreveseditorial.com
www.alreveseditorial.com

© Miguel Herráez, 2013
© de la presente edición, 2013, Editorial Alrevés, S.L.
© de la ilustración de la portada: retrato de Julio Cortázar ilustrado por su íntimo amigo Julio Silva
© de la fotografía de la solapa: Marta Herráez

ISBN: 978-84-15098-87-4
ePub ISBN: 978-84-15098-91-1
Código IBIC: DNF
Conversión: booqlab.com

Diseño de portada: Glòria Falcó

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del «Copyright», la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro, comprendiendo la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

*Para Gloria, también para Marta y Paula,
en Buenos Aires y en París. En París y en Buenos Aires.
Para Daniel y Techí, en la otra orilla.
Para Javier, en la orilla de Nadia*

En París todo le era Buenos Aires y viceversa.

J. C.

ÍNDICE

Cinco breves notas para un breve prefacio

1. Del lado de allá. BUENOS AIRES

1

2

3

4

5

2. Del lado de acá. PARÍS

1

2

3

4

5

3. De otros lados

1

2

3

CINCO BREVES NOTAS PARA UN BREVE PREFACIO

1

Calculo a qué distancia se encuentra más o menos el edificio Chrysler que observo desde mi terraza, desde la terraza de este ático que he alquilado y que se halla a 33 pisos de altura, entre la 45 y la Tercera. Quizá no sea más de un centenar de metros en línea recta lo que nos separa. No me importa, me da lo mismo, lo veo muy cerca, las gárgolas que son águilas, la aguja de acero inoxidable que se eleva hacia la noche, la corona, las luces de las ventanas encendidas aquí y allá, la sensación de soledad que me transmite porque yo creo que no hay nadie en todo ese edificio de 77 pisos, como también lo creo de los rascacielos negros, rojos, blancos, que me rodean con las ventanas igualmente iluminadas desde hace varios días pero sin una sola persona enmarcada, ninguna silueta en escorzo, solo por encima de ellas los viejos y oxidados depósitos de agua de las azoteas que dan aún más sensación si cabe de soledad, incluso de aparente abandono. En las últimas 48 horas, desde que se anuncia la llegada del huracán, me he fijado en esas ventanas y nunca he descubierto a nadie, únicamente, en la lejanía, un televisor emitiendo algo para nadie (a no ser que se dirija a ese gato chino de la suerte, pegado contra el vidrio, junto a lo que se me antoja que son archivos y papeles, y que me

mira con la garra izquierda levantada) en lo que es sin duda una oficina. El mío lanza noticias y más noticias desde hace horas acerca de Sandy, alguien (un meteorólogo con el cabello muy corto y voz grave, *Live Tracking Sandy*) muestra con un puntero por dónde va a penetrar la lengua del torbellino desde el mar, por el sur: avanzará en espiral desde Brooklyn (de repente me asalta el querido Rockaway de *Radio Days*) por Manhattan y se perderá hacia Connecticut, Massachusetts o New Hampshire. La horquilla más crítica será entre las seis de la tarde de hoy, lunes, y las catorce horas siguientes, ya en martes. Eso dicen. Me pregunto si resistirán los cristales, si volarán los enormes maceteros de ciprés que hay en mi terraza, si lo harán una mesa de ping-pong y unas tumbonas que distingo enfrente, si el viento se llevará los arbolillos del islote del East River que vislumbro desde un extremo de la terraza, me pregunto si resistirá el propio ático, si resistirá el Chrysler con su hermoso cabezal *déco*.

2

Salgo de nuevo a la terraza. En conserjería me han facilitado un folio impreso con instrucciones que hay que seguir cuando empiece lo que *The New York Times* califica en su portada de hoy como la devastación (*The devastation*). Me han prestado una linterna (una linternita, del tamaño de un cigarrillo) que parece de juguete. Abajo, si dejo caer la vista los 33 pisos, localizo soldados con uniforme de campaña, el viento barriendo la avenida despoblada, agitando toldos y alguna bandera que incomprensiblemente han olvidado o no han podido descolgar de su asta de madera blanca, la fachada del New York Health & Racquet Club. Suena aislado y distante algún claxon. Lo cierto es que, desde aquí arriba, frente al

Chrysler *building*, sitiado por decenas de edificios más altos que el mío pero también algunos más bajos, con el ronroneo constante del televisor, la noche inquieta, flota un relativo síndrome *Blade Runner*, e inquieta por la cantidad inenarrable de imágenes distópicas de Manhattan ideadas por otros y que nuestra retina conserva desde que somos conscientes. Me asaltan las tardes en los cines de reestreno de mi ciudad siendo niño, me asaltan las series televisivas de los años sesenta, el policía de azul marino que compra un *bagel* y café en un *Subway*, sale sonriendo con el vaso termodinámico en una mano y una bolsa de papel ocre en la otra, y recibe un tiro en el estómago y ahí muere desangrado en la acera. Alienígenas que aterrizan en el Central Park no lejos del Dakota y amenazan con invadir la Tierra en un suspiro. Detonaciones en cadena en el metro que causan un pánico incontenible, gente que rueda por las escaleras, bolsos, sombreros, cuerpos en el suelo, apretujados cuerpos en los vagones, entre las vías. Un asesino que vacía una jeringa en el omóplato de alguien a quien no conoce, en un ascensor, y huye por Leonard Street a paso ligero. Un francotirador que dispara al azar en Times Square sobre la marea de personas que sube y baja. Robos en bancos, tipos con caretas de goma y revólver Smith & Wesson, atracos en licorerías desangeladas que hacen esquina, en pequeños comercios de comida regentados por chinos, por hispanos, por coreanos, por armenios que apenas chapurrean el inglés y alzan las manos en el instante en que el individuo con pasamontañas les apunta. Persecuciones por aceras repletas de gente que se arracima gritando, por callejones interiores y oscuros y sucios, bolsas de basura, cubos de basura desbordados, con vallas de alambrada, pasillos de edificios del Bronx con las paredes grafiteadas por donde el malo se escurre con habilidad por la escalera de incendios y desaparece. Una explosión nuclear cuya nube radiactiva penetra de norte a sur (lo contrario que Sandy), se cuele por los intersticios de

los edificios y envenena a media ciudad, esta isla donde se hablan decenas de idiomas y donde duermen más de dos millones de almas, pero también el 11-S en el recuerdo, el 11-S que no es ficción, esta noche en la que han descendido las temperaturas a dos o tres grados, tan presentes las torres desplomadas y su carga de tristeza y de muerte.

3

Pienso en el imaginario de esta ciudad, igual que he reflexionado sobre el de Buenos Aires y el de París con Julio Cortázar de trasfondo en este libro que ahora se reedita, pienso en ello esta noche en que Sandy ya golpea y recomiendan que nos quedemos a cubierto, aunque nada se mueve (ni los cristales ni los maceteros, ni veo gravitar la mesa de ping-pong o las tumbonas), y yo escribo acerca de este libro como había pensado hacer al llegar a Nueva York e ignoraba que iba a encontrarme con un huracán; lo hago sin poder sustraerme del enfoque mítico que posee esta urbe. No creo que haya ciudad más construida intelectualmente desde una propuesta colectiva que Nueva York, quizá solo comparable con París. A ella se acercaría Londres, pero Buenos Aires, por no salirme del título de este libro, se encuentra a notable lejanía.

4

Este libro nació con voluntad independiente, si bien conecta con la biografía de Julio Cortázar que escribí y fue precedente suyo, aunque, debe quedar claro, se puede leer sin la exigencia de pasar previamente por la biografía. Me explico. Este volumen sobre Buenos Aires, París y Julio Cortázar, una deseada geodesia a tres bandas, es difícil que

hubiera sido lo que es si antes quien suscribe no hubiese emprendido la labor biográfica señalada. Los muchos centenares de datos que manejé para aquel texto inicial me permitieron separar nuevos rellanos y pensé entonces en reajustarlos, pero desde otra perspectiva. Mi interés (mi pasión) por Buenos Aires y mi interés (mi pasión) por París fueron el estímulo. Viajes de nuevo a la Argentina, viajes de nuevo a Francia y viajes, de nuevo, a la obra de Julio Cortázar, fueron haciendo cristalizar lo que es un cuerpo de discurso entreverado, en el que, como sujeto, me implico, mezclo y diluyo. El libro, que tuvo una primera edición años atrás en España y otra posterior en la Argentina, reaparece ahora revisado y pierde el muestreo de una clase que transcribí de Cortázar y que él impartió en Berkeley (su incorporación siempre me pareció quizá extemporánea), pero sí dejo constancia de la peripecia de cómo me llegaron ocho cedés con su voz y de qué van esos cedés que hoy reposan en un anaquel de mi librería. Mantengo los testimonios de entonces, aunque algunas cosas de las que se dicen, lógicamente, han cambiado, por ejemplo dos. Una: desde hace un par de años hay placa recordatoria de que Cortázar vivió en la rue Martel. Dos: ya no me desoriento cuando visito el cementerio de Montparnasse y busco, con lluvia o sol, la tumba del escritor. Conservo las mismas dedicatorias a las mismas personas de las ediciones anteriores, incluso las subrayo. Ni un ápice de cariño ha disminuido hacia ellas. En el prólogo de la edición argentina agradecí, además, a Francisco Porrúa, Abrasha Rotenberg, Hipólito G. Navarro, Lázaro Covadlo, Olegario Sotelo Blanco y Bartolomé Tiscornia, sus matizaciones de buenos amigos, algo que reitero, por sugerirme precisiones que mejoran esta reedición. Añado el nombre de Oscar Roqué Garzón, aunque, y lo siento, él ya nunca lo sabrá.

Pasó Sandy. Esta noche me he levantado varias veces, he salido a la terraza y he mirado hacia arriba y hacia abajo, hacia los lados, hacia el Chrysler, hacia el East River. Había helicópteros con potentes chorros de luz (oía sus rotores), pero no he sentido ninguna sacudida. Cristales, maceteros, tumbonas, mesa de ping-pong, arbolillos, cabezal *déco*. Todo en su sitio, inalterado. Incluido el gato chino de la suerte con el gesto congelado haciéndome un guiño desde enfrente. Según la televisión, donde sí ha afectado, y mucho, ha sido en el bajo Manhattan y en New Jersey. Mañana, informan, se reabrirán parques y espectáculos en Broadway. Los comercios recuperarán su pulso a lo largo del día, en el centro y norte de la isla. Hoy ya se puede patinar en la pista de hielo del Rockefeller Center, que anuncia tradicionalmente el próximo Thanksgiving. Pasó Sandy y pasó el Halloween, el Helloween para algún titular de prensa jocoso. Una voz me comunica por teléfono que mi vuelo se ha reprogramado en el JFK para dentro de cinco días. No horas. Cinco días. Me armo de paciencia, decido desayunar huevos revueltos con beicon, patatas fritas, salchichas, pan tostado y café abundante en el Hestia, entre la 43 y la Tercera, un *breakfast* severo para luego, como superviviente de la hecatombe, caminar sin rumbo por Manhattan.

M. H.
Noviembre, 2012

1. Del lado de allá
BUENOS AIRES

Vos ves la Cruz del Sur,
respirás el verano con su
olor a duraznos,
y caminás de noche
mi pequeño fantasma
silencioso
por ese Buenos Aires
por ese mismo siempre
Buenos Aires

J. C.

Miro mi reloj y compruebo que apenas son las cinco de la madrugada de un sábado 13 de julio, y hace frío, bastante frío. Antes de descender del avión, esperando la escalerilla, alguien con acento porteño ha dicho que estábamos a cero grados y con sensación térmica de menos tres o menos cuatro. Sensación térmica. La primera vez que escuché esa expresión fue acá, en la Argentina. Me llamó entonces la atención que dieran el detalle meteorológico (en prensa escrita, en televisión o en radio) acompañado de esa muletilla informativa. Me encuentro en la cola de las personas que, por no ser argentinas, debemos pasar el control migratorio. A los europeos, acostumbrados ya a toparse con atajos aceitados y fluidos cuando circulan por el ancho territorio de la Unión, les (nos) escuece tener que enfilarse, reducir el ritmo e incluso detenerse y esperar. Los nativos, sin embargo, progresan rápido por otra columna paralela. Me preceden unas cincuenta personas. Hay bostezos, párpados hinchados, greñas sobre los ojos, hay chasquidos de lengua, halitosis, cansancio. Los que no hayan dormido en el viaje, que se olviden por el momento, pues amanece con un color de hielo tras los ventanales y, después de la noche virtual ajustada como un paréntesis en las doce horas de vuelo desde Madrid, por delante quedan unos tres cuartos de día hasta dar de nuevo con una cama.

Nadie se queja de lo lento que avanzamos, un cuerpo cada minuto más o menos, paso a paso, algo más de medio metro por tanda, rozando las cintas señalizadoras a ambos lados. Hay una tercera fila, apenas transitada, destinada para familias con niños y para personal diplomático. Nos lo recuerda un aviso, no muy visible, colocado a la derecha, junto a uno de los postes del pasillo. Es posible que esa tercera fila exista en otros aeropuertos, pero no la he visto nunca. El personal diplomático sí dispone de vías especiales, lo sé; me refiero a lo de pasajeros con niños. Los argentinos son peculiares. Me parece un típico detalle de primer mundo. Ese cartel podría ser un luminoso de *leds* en Copenhague o en Estocolmo o en Ginebra, aunque yo no lo recuerdo en ninguna de estas tres terminales, pero sí lo muestra Buenos Aires. Alguien (un joven con aspecto de español) se infiltra por esa tercera fila. Me fijo en él. Se le nota excitado, nervioso. Se ha situado detrás de una pareja con dos niños. Uno de ellos va en brazos de quien es su madre y llora, berrea, no hay manera de hacerle callar. Patalea. Por fin, la familia cumple el trámite, y el español (oigo su tonillo) supera la distancia que lo separaba hasta el pequeño mostrador, extiende el pasaporte, la funcionaria lo toma y le pregunta, ya que no le descubre niños a su alrededor, si es acaso diplomático. Él, sorprendido, responde que no, pero añade que ha de enlazar con un vuelo a Mendoza en 35 minutos y debe hacer, desde Ezeiza, el exigido cabotaje hasta Aeroparque. La mujer, seca, sanguínea, le devuelve con corrección el pasaporte y le indica que espere a que sea su turno en la otra cola, y baja la vista hacia sus papeles, dándole a entender que el asunto ha concluido. Él le comenta, y parece sincero, que ha indagado minutos antes si podía ingresar por la cola en la que se hallaba y que un empleado le había dicho que sí. Ella le dice que eso no era posible, que ella misma había colocado el mensaje de advertencia en el punto de acceso y que ese acceso solo era (repite) para personas